

romano y la intrusión de religiones cosmopolitas como el mitraísmo, el judaísmo converso, el neoplatonismo y el cristianismo deben haber minado el antiguo patriotismo nacido en las ciudades que representaban estados, el cual no podía menos que sufrir con la competencia de aquella rivalidad absorbente de sentimientos.

La Edad Media tuvo su grupo especial de fieles al dominio feudal y al monasterio, a la comunidad y al gremio, a la vez que a la suprema entidad mística de la Santa Iglesia Católica. Las diversas combinaciones feudales y la debilidad de las monarquías dejaron poco campo probablemente para la expansión de algo semejante al moderno sentimiento nacional.

III

Hasta donde yo sé, el nacionalismo no tiene historia. Si la tuviera, habríamos de recordarla siquiera por vía de introducción como haríamos entre otras cosas con los ejemplos más o menos evidentes de la manifestación del espíritu de cuerpo que he trazado a la ligera. El paso siguiente nos llevará a esbozar el desenvolvimiento del moderno Estado nacional. Acostumbramos distinguirlo y señalarle puesto aparte de los feudos y ciudades que lo formaron paulatinamente, del cosmopolita imperio romano y de las antiguas ciudades que representaban estados, tanto como de aquello que llamamos con cierta vaguedad el despotismo oriental. Es evidente que nuestros actuales sentimientos nacionales tienen algo que ver con el estado nacional, pero me inclino a creer que el estado vino primero y que después se creó la emoción. Pues descontando la anómala Suiza y tal vez Holanda, los estados nacio-

nales han crecido todos hasta convertirse casi en dinastías. En lugar del sentimiento nacional tenemos que reconocer la lealtad del vasallo hacia su rey. Apoyados por sus fieles vasallos combatieron los reyes uno contra otro para ensanchar sus dominios. No daban pretextos nacionales ni de raza sino que reclamaban su derecho de nacimiento o de sucesión feudal. Haciendo caso omiso de razas y de idiomas, los reyes de Inglaterra subyugaron o trataron de subyugar Gales, Escocia, Irlanda y toda la parte occidental y meridional de Francia. Los reyes franceses hicieron reclamaciones a Inglaterra y pretendieron algunas veces extender su dominación sobre las regiones occidentales de Alemania y sobre la Italia septentrional y meridional. Los monarcas de España dominaron Portugal por algún tiempo, de igual manera que ciertas zonas del sur de Italia. Los Hapsburgo alemanes se han mostrado siempre perfectamente indiferentes con respecto de la raza, lenguaje y tradiciones históricas al constituir el híbrido imperio sobre el cual mantienen hoy su autoridad. Los cismas religiosos facilitaron de vez en cuando pretextos para el engrandecimiento territorial. La doctrina del equilibrio de los poderes tuvo también sus adeptos, y los monarcas franceses insistieron en la definición de «fronteras naturales», aunque más bien en forma geográfica que racial. Así es fácil observar que el espíritu nacional no sobresalía mucho entre las diversas fuerzas que produjeron el moderno sistema de estados. Hacia fines del siglo dieciocho, la raza, lenguaje y tradiciones comunes no se tomaron mucho en cuenta para la nueva y efectiva distribución de territorio que se intentaba,